

MOVIMIENTO MEDICO-SOCIAL

EL PROF. EMILIO ROBLEDO DISTINGUIDO CON LA CRUZ DE ESCULAPIO

En la ciudad de Medellín el día primero de septiembre del presente año le fue impuesta la máxima condecoración de la Federación Médica Colombiana al doctor Emilio Robledo como una distinción que la V Asamblea General lo discernió de manera unánime y espontánea, como reconocimiento a sus excepcionales dotes de *Investigador Científico* en el terreno de la Medicina y de las Ciencias Naturales, a su magnífica labor de educador y a sus grandes contribuciones a la cultura nacional.

Fue vocero de la Federación Médica en este acto el distinguido cirujano Prof. Gil J. Gil quien pronunció un breve y elocuente discurso exaltando las cualidades del maestro y su gran valor ante la ciencia, desde sus primeras actividades desarrolladas en Manizales, donde "ampliaba la incipiente cirugía de Caldas, iniciaba estudios de investigación bacteriológica, y su pluma no descansaba, ora en la presentación de trabajos científicos, ora en la preparación de estudios médicos, históricos y literarios que después fueron presentados en obras de gran aliento", hasta sus actividades en la plenitud de su vida, como gobernante del departamento de Caldas y representante a la Cámara, finalizando con la rectoría de la Universidad de Antioquia a cuya evolución histórica su nombre está íntimamente ligado.

El doctor Robledo dio respuesta al doctor Gil, agradeciendo sus honrosos conceptos y anotando que siempre ha sido "un amigo sincero y propugnador de todo género de asociación, especialmente las médicas" y mostrando con complacencia algunos frutos alcanzados en estas actividades citó la fundación de la primera Sociedad de Medicina de Caldas y el Sindicato de Maestros.

La REVISTA DE LA FACULTAD DE MEDICINA se complace muy de veras en la distinción hecha al doctor Emilio Robledo y le envía sus más sinceras felicitaciones.

*Datos biográficos.**Lugar y fecha de nacimiento.*

Salamina, Departamento de Antioquia (hoy del Departamento de Caldas), el 22 de agosto de 1875.

Nombres de los padres.

Pedro María Robledo y Rosa María Correa.

Nombre de su esposa e hijos.

Susana Uribe. Hijos: Cecilia, Jaime, Elías, Julia, Emilio, Fa-
bio, Iván, Silvio, Matilde y Diego.

*Educación. — Escuelas. — Colegios y Universidades. — Títulos y
años correspondientes.*

En Salamina, en el Colegio de San Nicolás de donde pasó a la Universidad de Antioquia. Bachiller en Filosofía y letras en 1895; doctor en Medicina y Ciencias Naturales, 1900; Escuela de Medicina de París 1905; London School of Tropical Medicina, 1900; Lyon, Ecole de Medecine, 1906.

*Puestos privados y públicos de más importancia y años correspon-
dientes.*

Médico del Hospital de Manizales, 1909; Presidente del Consejo Municipal, 1910; Diputado a la Asamblea de Antioquia, 1904, 1929, 1930 (Presidente de la Asamblea); Senador de la República, 1910-1914-1927-1931; dos veces Presidente del Senado; Gobernador del Departamento de Caldas, 1912-1915; Director departamental de Higiene, 1916; Delegado al Congreso Médico de Cartagena, 1918; Director y Médico del Hospital de Medellín, 1920-1921; Rector de la Universidad de Antioquia, 1921-1922-1926-1927; Representante al Congreso, 1931; Nombrado Ministro de Instrucción pública por el Presidente Pedro Nel Ospina; Médico escolar de Medellín, 1924. Profesor de la Escuela de Medicina de la Universidad de Antioquia y de la Universidad Nacional. (Facultad de Agronomía); de la Escuela Normal Antioqueña.

Sociedades profesionales y técnicas, y clubs de los cuales es socio.

Academia Colombiana de Historia y Academia Antioqueña de Historia (Presidente). Academia Nacional de Medicina y Academia de Medicina de Medellín; Academia de la Lengua; Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas Químicas y Naturales; Academia de Historia de Cartagena de Indias; Centros de Historia de Manizales, Tunja, Bucaramanga, Cúcuta y Cali; Miembro de número del Ateneo Nacional de Altos Estudios; Correspondiente del Folklore Nacional y del Folklore de Tunja.

Correspondiente extranjero de la Société de *Pathologie Exotique* de París; Miembro honorario de National Hispanique Society, Sigma Delta Pi, de la Universidad de Missouri, U. S. A., 1935; del Instituto de Filosofía de Buenos Aires, 1942; Correspondiente del Instituto Ecuatoriano de Ciencias Naturales, 1942; Correspondiente de la Sociedad Argentina de Estudios lingüísticos, Buenos Aires, 1943; Miembro Honorario del Instituto de Historia de la Medicina, Buenos Aires, 1943.

Condecoraciones y otras insignias de honor.

Primer premio de la Universidad de Antioquia por su obra "La Universidad de Antioquia, 1822-1922", *Robledia* (Chardon) género de hongo creado en su honor, 1929 (cf. C. E. Chardon, "New Interesting Tropical American Dothideales" in *Journal of the department of Agriculture*, Porto Rico, Vol. XIII, 1929, pp. 3-15); Profesor Honorario de Parasitología en la F. de Medicina de la Universidad de Antioquia, 1944. Profesor Honorario de la Universidad Nacional, 1944.

Lista de libros y otras obras, etc., etc.

La Uncinariasis en Colombia, 1908; La Fiebre recurrente en Colombia, 1910; sobre Policía de las Costumbres, 1911; Geografía Médica y Nosológica del Departamento de Caldas, precedida de una noticia histórica sobre el descubrimiento y conquista del mismo (Manizales, 1916). Existe una degeneración colectiva en Colombia? 1919; La Universidad de Antioquia, 1822-1922; La Medicina en los Departamentos antioqueños, 1924; Lecciones de Botánica, 1924, segunda edición, 1940 (dos volúmenes); Papeletas lexicográficas, 1934; Bosquejo de Geografía médica y climatopatología de Colombia, 1937; Ensayos de Hibridación de plantas de G. Mendel. (Traducción y notas); Los naturalistas antioqueños 1940; El Refranero antioqueño, 1940.

Otros datos.

Visitó a Francia y a Inglaterra en 1905 y 1906. Entiende español, francés, inglés, latín, griego, italiano.

HOMENAJE AL PROFESOR LUIS FELIPE CALDERON EN EL DECANATO

Discurso del Profesor Calixto Torres Umaña.

Señor Rector de la Universidad, señor Decano de la Facultad de Medicina, señor Presidente de la Academia de Medicina, señoras, señores:

La Facultad de Medicina, inspirada en esa cualidad tan noble y tan escasa, que es la gratitud, ha querido prolongar, después de la muerte, el recuerdo de sus hijos ilustres, de sus rectores, que la han impulsado en la senda de las labores provechosas y dejar sus figuras, en estas galerías honrosas, para que vayan diciendo a la posteridad, que la muerte no lo acaba todo, y que hay memorias que siguen viviendo, siguen siendo guardadas, siguen siendo respetadas y gratas, a las generaciones, que se van sucediendo, en el oleaje interminable, que el huracán del tiempo, va emplazando sobre los bancos de estudio.

Después de actos solemnes dedicados a la memoria de varios ilustres rectores, le toca hoy ocupar el puesto a Luis Felipe Calderón, que no por haber estado tanto tiempo ausente de nosotros, ni por haberse extinguido en tierra extraña, quedó desvinculado de su patria, ni sus actuaciones en favor de nuestra Facultad, de nuestra ciencia y de nuestra juventud se han olvidado.

Porque fue dos veces Rector de la Facultad de Medicina, Profesor de Clínica General por mucho tiempo, Profesor de Policlínica, Profesor Honorario, miembro activo y miembro honorario de la Academia Nacional de Medicina, fundador, sostenedor y Presidente de la Cruz Roja Nacional y dio a la juventud un alto ejemplo de valor civil y de entereza moral, en muchas ocasiones.

Y aquí está presente, presidiendo este acto, con su espíritu, lleno de amor por nuestra medicina, por nuestra profesión, por nuestra Patria y aquí está también su figura, trazada por la mano de Ariel Durán que, al mismo tiempo que estudia medicina, sabe sentir el arte y sabe expresar con emoción sobre el lienzo el brillo peculiar de la vida.

Aquí está el maestro, con su porte correcto, distinguido y pulcro, su mirada, al mismo tiempo vivaz y suave, bondadosa y enérgica, su fisonomía, llena de simpatía, en que se sucedían con prontitud, las impresiones del pensamiento altivo y hondo del científico o la expresión del comentario gracioso del hombre de mundo o de la frase buida del carácter enérgico.

* * *

Nació el Profesor Calderón en la pequeña ciudad de Santa Rosa de Viterbo, en Boyacá, del matrimonio de don Carlos Calderón y doña Inés Reyes de Calderón, pertenecientes ambos a familias varias veces proceras en los anales de la patria; fueron sus hermanos, Clímaco, Carlos, Víctor, nombres que se encuentran estrechamente vinculados a acontecimiento trascendentales en la vida de la República.

Difícilmente se encuentra un municipio que haya dado al país una mayor cantidad de hombres ilustres que Santa Rosa de Viterbo: allí nacieron los Reyes, los Ricos, los Peñas Solanos, los Torres, los Calderones y otras familias que han tenido el privilegio de producir vastas inteligencias, puestas devotamente al servicio del país.

En un alto pico de los Andes y en el centro de un pintoresco vallecito, donde se encuentra Santa Rosa, tuvo calor hace varias décadas, el nido donde se nutrió un retazo de la cultura patria. Allí había sociedades científicas y literarias, donde se exhibía el ingenio y la ilustración; allí en las fiestas septembrinas, que gozaban de gran reputación en el departamento y aún fuera de él, se reunía la más refinada sociedad, en bailes y cabalgatas; allí tuvo su origen el colegio de don Zenón Solano de que me ocuparé luégo.

Pero las vías de comunicación, impulsadas por el General Rafael Reyes, oriundo del mismo Santa Rosa, hicieron, como en muchos otros lugares importantes, el efecto de un disolvente sobre aquél pequeño foco de cultura, que se fue disgregando hacia los más grandes centros urbanos.

Hoy Santa Rosa, es apenas un recuerdo y sólo le queda el pequeño fulgor de vida que le da el tribunal superior de justicia, que fue ubicado allí desde hace mucho tiempo, pues hasta el aerolito que adornaba la plaza y cuyo alegre retintín daba chispas de animación al poblado, se desplazó con la vida del lugar hacia la capital de la República.

Cuando en un día ordinario, se recorren aquellas calles, hoy solitarias y silenciosas, en una de esas tardes claras de verano, en que el contraste entre la luz y la melancolía de la soledad, pone más tintes lóbregos en el espíritu, como el ruido del viento que pasa o el lejano canto del gallo, parecen acrecentar el silencio, alagenta la nostalgia de lo que brilló una vez, de lo que fue y ya no existe, la

especie, en las voces que llegan de lejanas épocas, con la tradición o con la historia.

Allí nació Luis Felipe Calderón, allí pasó los primeros años de su vida y allí llegaron los primeros fulgores de la cultura a iluminar su entendimiento.

Hizo los primeros estudios en el colegio —que funcionó al principio en el propio Santa Rosa y que después se trasladó a la entonces pequeña población de Duitama—, fundado por don Zenón Solano, uno de los espíritus más interesantes que ha tenido este país, como que fue un carácter superior y un intuitivo genial de la pedagogía, porque puso en práctica, hace setenta años, métodos que entonces fueron considerados por muchos hombres de talento, como resultantes de un desequilibrio mental y que hoy, venidos de otros países, que se consideran como nuestros maestros, son aceptados como la última palabra en materia de pedagogía. En aquella época en que sólo se estudiaba en los libros para aprender de memoria lecciones de que muchas veces no se daba cuenta el alumno, quien las repetía sin entenderlas, en el colegio de Solano se hacían excursiones no sólo para atender al desarrollo físico, sino para mostrarles a los muchachos las diferentes vegetaciones, y el nacimiento y formación de los ríos, y los lugares, como el Pantano de Vargas, donde tuvieron lugar batallas importantes de nuestra independencia, de las que se daban completas descripciones sobre el terreno; y se cultivaban manzanas y se aprendía a extraer el vino de distintas frutas y se cultivaba el lino y la morera y el gusano de seda y se aprendía la extracción de la seda y se hacía, alrededor de cada uno de estos tópicos, lo que hoy se llama un “centro de interés”.

Los aparatos de gimnasia, tan extraños en aquellos tiempos, contribuían a la educación física y en todas partes estaba presente la patria como el ideal supremo al cual debían converger todos los anhelos, todos los amores, toda la acción directiva del espíritu, en la cabal formación de la personalidad.

En toda esta labor era eficazmente ayudado el señor Solano por su hija María, quien, como dijo don Miguel Triana, era “más que la luz, el perfume de ese huerto modelo; era la poesía de la ciencia que batía sus alas de tul sobre un instituto inolvidable en las memorias de la Patria”.

Pero más que los métodos de enseñanza, contribuía a la formación del carácter de sus alumnos, el ejemplo de don Zenón Solano prototipo de austeridad, de honorabilidad, y de un criterio que no tenía más limitaciones ni sujeciones que la línea recta de la conducta.

En las biografías de don Zenón, se cuentan varios hechos dig-

nos de recordarse, tomados de fuentes que dan las mayores garantías de exactitud.

En 1853, fue elegido representante al congreso en que se discutió algún proyecto que no era del agrado del ejército. Los ánimos estaban tan exacerbados que se amenazó a los diputados partidarios del proyecto, entre los cuales estaba Solano, por lo cual todos resolvieron armarse, pero él no quiso hacerlo, por considerar que aquello era una violación de la ley.

Una noche que iba solo, lo siguieron unos militares quienes le intimaron con puñal en mano, que abandonara sus proyectos a lo que les contestó cruzándose de brazos: "Estoy desarmado, y pueden ustedes matarme, pero yo no puedo ofrecerles que voy a proceder contra lo que mi conciencia me dice que es conveniente para el País".

En 1854, después del Congreso de Ibagué, recibió una comisión oficial, para ante el General Mosquera, que a la sazón andaba por el Norte de la República. Una vez cumplido el encargo, le preguntó el general quiénes habían sido los autores de una acusación contra él ante el congreso y como se negara a decirlo, el general con aquel carácter fuerte con el que ejercía dominio ante la mayoría de sus interlocutores, montó en cólera y se lo exigió perentoriamente; entonces le replicó Solano "Bástete saber, general, que yo fui uno de los acusadores".

Tal era el director y tal el colegio donde la mentalidad de Luis Felipe Calderón, recibió las primeras luces de la cultura.

Allí se educaron también, el General Rafael Reyes, y Camilo, Guillermo Severo, y Carlos Arturo Torres, Luis Carlos Rico, Alejandro y Gabriel Peña Solano, Clímaco, Carlos Víctor y José María Calderón, hermanos de Luis Felipe.

Si es verdad que aquellos ilustres varones tenían cualidades innatas, hay que convenir en la influencia definitiva que la educación tiene en la formación de los espíritus, para evaluar de cuánto puede ser deudora esta Patria a don Zenón Solano, por la participación, seguramente muy importante que tuvo en la formación de aquella cosecha de varones humanos, que tanto lustre le dieron.

Hacia el año de 1879 vino el doctor Calderón a Bogotá, e ingresó al Colegio Nacional de San Bartolomé, donde hizo sus estudios de bachillerato y entró luego a la Facultad de Medicina, donde se distinguió como alumno aventajado y donde recibió su grado de Doctor el 30 de noviembre de 1891, con una tesis sobre la amputación del Cuello Uterino.

* * *

Fue luego a iniciar nuevamente todos sus estudios de medicina para optar el grado de Doctor en la Facultad de París, que ob-

tuvo en menos tiempo del empleado por la gran mayoría de los hombres de estudio. Este título fue de los últimos que concedía aquella Facultad, dando derecho a ejercer en territorio de la República, pues hoy no basta ser doctor de Facultad francesa para poder ejercer allí; este es un privilegio que sólo tienen los ciudadanos franceses.

Gracias a este título, pudo prestarles, el Profesor Calderón, en los últimos albores de la paz, importantes servicios a los colombianos residentes en Francia.

Con el grado de doctor de la Facultad Nacional y de la Facultad de París, volvió a Colombia y después de ejercer algunos meses en su ciudad natal, vino a establecerse en Bogotá donde adquirió como profesional y como clínico, uno de los más grandes prestigios de que se haya ufanado médico alguno en la capital de la República.

Era preciso en sus diagnósticos y unía a un completo conocimiento de la acción fisiológica de los medicamentos y de la oportunidad de su acción, un temperamento nervioso y activo que lo llevaba a urgir por la pronta aplicación de la terapéutica adoptada, no fuera que el proceso patológico que marcha a veces con actividad desconcertante, llegara a adquirir una entidad tal, que hiciera imposible su vencimiento. Tenía también el dón de gentes, para influir de manera eficaz en el ánimo de los enfermos, con el poder de sugestión que tonifica el sistema nervioso—estado mayor de la economía— y que influye de manera favorable en el tratamiento de las enfermedades. Y tenía esa otra cualidad, sin la cual no se puede ser médico a cabalidad porque no se puede tener el máximo de recursos para hacer el mayor beneficio a los enfermos; es el sentido humanitario que debe ser inherente a una profesión que es al mismo tiempo un apostolado y que tiene que ir en armonía con la formación científica del médico; es esa sensibilidad por el dolor ajeno, que lleva a los enfermos, junto con la droga, ese otro tratamiento moral, quizás más importante que el tratamiento material y que es tanto más benéfico, cuanto más grave sea el caso; y cuando el poder de la terapéutica medicamentosa va flaqueando y agotándose, hasta llegar a la impotencia, queda todavía el recurso valioso en extremo, que, con el poder del sentimiento humanitario, conforta el ánimo y alivia la pena moral, alivia el pesar de la desesperanza, que es el más sensible, el más doloroso de todos los pesares humanos. Calderón tenía ese dón en su más alto grado, porque unía a su simpatía, a su jovialidad, a su agradable plática, llena de imaginación, la sensibilidad humanitaria que no se aprende en escuelas ni en bibliotecas, sino que es privilegio de las almas educadas en un ambiente de altísima cultura.

El hombre primitivo, el que pasó hace muchos siglos por este planeta; el que convive aún dentro del conglomerado de la civilización actual, vive para sí mismo, sin pensar en lo más mínimo en los intereses del vecino; todo el objeto de su lucha, todas sus reacciones biológicas vuelven a su propio ser donde nacieron; pero a medida que la cultura va nutriendo su espíritu, el concepto primitivo del YO se va extendiendo más al medio ambiente y al hacer a sus semejantes el objeto primordial de su defensa, de su lucha por la existencia, se va ampliando tanto más su radio de acción cuanto que la civilización y la cultura se van nutriendo más y creciendo dentro de su espíritu.

Calderón fue el ejemplo de devoción a los beneficios colectivos: Cuando en la última guerra civil que azotó a este país, caían heridos colombianos, sin que permitiera pensar en las víctimas de la catástrofe, el doctor Calderón, fue de los organizadores de la Cruz Roja y, al lado del doctor José María Montoya, de don Santiago Samper, de don Roberto Herrera Restrepo, de los doctores Juan Evangelista Manrique, Nicolás Buendía, Hipólito Machado, Lisanthro Reyes, Zoilo Cuéllar Durán formaron aquella institución, sin remuneración alguna y haciendo sacrificios de todo orden, para aliviar, sin distinción de bandos, a todos los hermanos víctimas de la lucha. Después de la batalla de Tibacuy acudió allí Calderón con Juan Evangelista Manrique, Zoilo Cuéllar Durán y un grupo de practicantes y hermanas de la caridad y continuaron en los campos de batalla, aliviando a los heridos y salvando a muchos de la muerte. Otro grupo de médicos, se dirigió al Norte de la República.

Este es uno de tantos ejemplos de patriotismo y de espíritu humanitario y altruista del cuerpo médico de Colombia, que tras esta organización ha continuado prestando sus servicios profesionales gratuitos a nuestros compatriotas pobres, y organizando hospitales de caridad como la Misericordia, San Juan de Dios, San José y La Samaritana.

Fue miembro de la Junta Central de Higiene, una de las primeras y quizás la primera institución sanitaria de creación oficial. Era la época en que nadie, entre los funcionarios pensaba que la salud se puede proteger y que esta protección está entre las obligaciones primordiales del Estado. Pero trabajó con denuedo y en compañía de Manuel N. Lobo, García Medina, Luis Zea Uribe, logró implantar normas elementales, dentro de un medio incomprensivo y hostil.

Pasada la guerra, fue nombrado profesor de Clínica General o Semiológica y Rector de la Facultad de Medicina.

Sin tiempo para preparar sus lecciones, pues aquí nunca ha tenido el profesor de clínica tiempo para estudiar sus conferencias,

como las estudian los profesores de clínica en países donde las Universidades están mejor organizadas, Calderón era en la cátedra de Clínica Semiológica, el más ameno de los expositores; con un tecnicismo lleno de propiedad y precisión, y con una facilidad de expresión, que era patrimonio de su familia, se adentraba por los procesos de la defensa orgánica, por esa como inteligencia celular, por la cual el organismo hecha mano de los más finos ardides estratégicos contra el enemigo invasor, ardides que la ciencia ha venido descubriendo tras largas y pacientes investigaciones o que permanecen aún ocultos en los arcanos de ese complejo mecanismo del cosmos celular en que se organizan sistemas de defensa contra las agresiones de los agentes diminutos o contra los venenos que, a su pensar se van formando en los complejos procesos del metabolismo; como cuando hace falta el cloruro de sodio alimenticio para mantener una densidad de la sangre, apropiada para las funciones biológicas, y entonces lleva el ázoe a reemplazarlo, o los diferentes sistemas de que se vale el organismo, para restablecer el equilibrio ácidobase o la superactividad medular para compensar la pérdida de glóbulos sanguíneos.

Interpretaba a maravilla esa serie de pequeños choques y de respuestas anafilácticas, que a fuerza de repetirse, van constituyendo, como dice Carlos Richet, "nuestra personalidad fisiológica, a la manera de nuestros recuerdos y nuestras sensaciones, van formando nuestra personalidad moral".

* * *

La Facultad de Medicina había quedado desbaratada durante la guerra civil, pero al venir al poder el Presidente Reyes, que fue, hay que confesarlo, un reorganizador de la nacionalidad, tuvo el acierto de llamar a Calderón a que reviviera esta Facultad y a fe que cumplió el cometido con talento, con consagración activa y con la más valerosa independencia de criterio.

Una de las rutinas de desorganización que existían entonces, era la de que un alumno que estaba para terminar bachillerato, se pudiera matricular al mismo tiempo en la Facultad y en el colegio. El nuevo Rector acabó con aquella costumbre e impuso un reglamento severo. Más sucedió que el hijo de un íntimo amigo del Presidente de la República y muy amigo también de Calderón, que estaba acabando bachillerato, quería entrar a la Escuela de Medicina; entonces el General Reyes, le puso una tarjeta al Rector diciéndole que era necesario que se matriculara a aquel joven. Y aquella exigencia, que todavía en estos tiempos de libertad, sería como una orden de cumplimiento inaplazable, para espíritus empequeñecidos de muchos de nuestros compatriotas, en los tiempos de la dictadura, adquiría los caracteres de una imposición, que no era posible

desatender; mas fue rechazada por el Rector de la Facultad; pero el General Reyes insistió de manera perentoria y enérgica exigiendo que se matriculara al hijo de su amigo, y Calderón le contestó: "Si en la organización que se pretende dar a la Facultad se hacen algunas excepciones, esta organización no podrá llevarse a cabo y, en estas condiciones, mi presencia en el rectorado no sería posible". A pesar de que los que conocían el carácter del General Reyes, temieron un choque serio, del cual resultaría la dejación del puesto de Calderón, la voluntad de éste predominó y continuó al frente de la Facultad de Medicina, llevando a cabo su organización.

El gobierno del General Reyes, prestó, no puede negarse, importantes servicios al país: elevó los presupuestos nacionales a cifras muy superiores a las alcanzadas hasta entonces; convirtió el papel moneda en valor efectivo, con una medida que fue más tarde aplicada en Alemania y que fue entonces calificada de genial; construyó muchas carreteras y ferrocarriles en un país cuyas regiones estaban punto menor que incomunicadas; acabó con el motivo principal de las revoluciones, llamando a los vencidos a colaborar con el gobierno y dando, por primera vez en la historia, representación a las minorías en todos los cuerpos de elección popular; pretendió quizás establecer normas de disciplina —y la disciplina es cultura— en un pueblo entre cuyos grandes defectos está la indisciplina: pero se fue al extremo incalificable de acabar con las libertades ciudadanas, que son el oxígeno de los pueblos, hasta el punto de que el país marchaba al arbitrio de la voluntad de un solo hombre, y el mayor bien que se puede hacer a un gobierno, o a que puede aspirar un país, que es el de una oposición serena, constructiva, culta, patriota, se suprimió de las actividades nacionales. No se permitía nada que pudiera contradecir la voluntad del gobierno y el gobierno era el presidente de aquella que se denominaba República, sin serlo. Había sin embargo, un cuerpo que se llamaba legislativo, la Asamblea Nacional, que era nominalmente nombrado por los gobernadores, entre los adictos incondicionales de la dictadura; y los gobernadores que eran nombrados por el presidente, eran fieles cumplidores de su voluntad. La voluntad del dictador era, pues, como lo dijo en fecha memorable, Jorge Martínez Santamaría, la única ley y la única norma que existía en el país.

El General Reyes, empezó por encarcelar y desterrar a muchos de los miembros del último congreso, porque no estaban de acuerdo con sus ideas; continuó desterrando y encarcelando a los que trataban de opinar de manera distinta a la suya y muchas veces no se podía decir nada, en contra del régimen o que se pudiera pensar que iba contra las normas existentes, ni en la intimidad del hogar, porque la policía secreta y los espías se encontraban en todas par-

tes. En el país no se oía, pues, más voz que la del presidente y las voces complacientes con ella y cuando alguna persona se atrevía a expresar concepto adverso, caía sobre ella la severidad implacable del castigo; así le sucedió al doctor Carlos José Espinosa al doctor Carlos Calderón, sobrino del presidente, y a muchos otros ciudadanos respetables.

Mas sucedió que la dictadura llegó a concertar un tratado con los Estados Unidos de América, para poner término a las diferencias surgidas por la separación de Panamá; entonces, ese gran patriota y ese gran carácter que fue don Nicolás Esguerra, tuvo el gran valor, en medio de su ancianidad, de elevar un memorial en que se imputaban algunos errores al tratado y además, se pedía que se llamara a elecciones, para que un congreso que representara la opinión pública, decidiera sobre este acto trascendental para la vida del país, como era la aprobación de ese tratado. El doctor Francisco de Paula Mateus, miembro de la Asamblea Nacional, también se atrevió a hacer algunas observaciones al proyecto.

Entonces un grupo de estudiantes de Medicina, resolvió hacer manifestación de adhesión y de felicitación a los doctores Esguerra y Mateus, manifestación que se realizó con el concurso de un número crecido de estudiantes de la Facultad, y continuó después, el grupo estudiantil por las calles lanzando gritos de protesta, ante la mirada atónita, atemorizada y lastimera de los ciudadanos, que miraban aquellos muchachos que iban a sacrificarse inútilmente pretendiendo ir contra la armazón férrea de la dictadura. Pero el grupo de los manifestantes iba creciendo con la adhesión de los estudiantes de las otras facultades y de muchos colegios de segunda enseñanza.

Entonces salió el ejército a la calle y arremetió a culatazos contra los manifestantes, estableciéndose una lucha desigual de la cual resultaron presos la mayoría de los estudiantes. Pero los motines continuaban y nuevos grupos de estudiantes salían sin saber de dónde. Entre tanto a los doctores Enrique Olaya Herrera y Felipe Santiago Escobar, que habían arengado al pueblo en elocuentes discursos contra la dictadura, se les envió presos a las bóvedas de Cartagena. Se dio orden de prisión y de destierro contra el doctor Nicolás Esguerra, se sacaron las ametralladoras y los cañones a la calle y algunos de los colaboradores asiduos al gobierno, eran partidarios de que se hiciera fuego contra las multitudes, en su mayoría estudiantiles. Pero el General Reyes se opuso a esta idea, por un acontecimiento que lo detuvo: en una de aquellas refriegas de los estudiantes con el ejército, había caído herido el hijo de uno de sus más adictos amigos y uno de sus más decididos colaboradores en Antioquia y pensó que si ordenaba disparar al ejército, se-

guramente caerían muchos hijos de sus amigos y entonces su vida social y política quedaría terminada. Se decidió entonces a adoptar otro procedimiento y ordenó que se pasara una circular a todos los rectores de facultades y colegios, invitándolos a una reunión que tendría lugar en Palacio, a la cual deberían ir acompañados de una comisión de estudiantes de su plantel.

El profesor Calderón, Rector de la Facultad de Medicina dispuso que la comisión que le correspondía llevar, debía ser nombrada por elección entre los estudiantes, a razón de uno por cada curso. Se hizo la elección y además acompañó a la comisión Jorge Martínez Santamaría, quien había terminado ya estudios pero no se había graduado todavía.

De lo que pasó aquella tarde del mes de Marzo del año de 1909, fui yo testigo presencial, porque mis compañeros de tercer año me eligieron para que los representara y tengo vivo el recuerdo de aquellos hechos, como quedan nítidos en la memoria de los individuos o en la memoria de los pueblos, los acontecimientos trascendentales de la vida individual o colectiva.

El General Reyes hizo una larga exposición sobre los antecedentes de la separación de Panamá y terminó haciendo presente la conveniencia de aprobar el tratado, por la necesidad que tenía el país de continuar relaciones con los Estados Unidos de América. Entonces fue cuando se paró Jorge Martínez Santamaría y con un valor que sólo pueden apreciar los que hayan vivido en aquel tiempo y recuerden con precisión aquella época, le manifestó al presidente que los estudiantes no podíamos discutir la conveniencia de un tratado y que lo que pedíamos era que la opinión pública interviniera en su aprobación, por medio de un congreso de hombres de voluntad independiente y libre, y elegidos en elecciones populares, pues la actual Asamblea Nacional, sólo representaba una voluntad: la del Presidente.

El General Reyes replicó enérgicamente sin poder traer argumentos satisfactorios en contra de las tesis sostenidas; pero la suerte de Jorge Martínez Santamaría quedaba, desde aquel momento decidida y su seguridad personal a merced del gobierno.

Acto seguido, el señor Ministro de Instrucción Pública, presentó una proposición, que seguramente había sido preparada de acuerdo con el Presidente y que contaba con la aprobación unánime de los rectores presentes, como que en aquella época se tenía costumbre de aprobar, sin objetar, todo lo que emanara de la presidencia.

Decía la proposición que los rectores allí presentes, resolvían reunir a todos los alumnos a su cargo, para leerles la exposición hecha por el General Reyes, y para anunciarles que debían dedicarse a sus estudios sin intervenir en más manifestaciones, bajo penas

severísimas que se aplicarían a los que contravineren esta disposición.

Dos rectores de colegios, manifestaron su completo acuerdo con la proposición, agregando que sus planteles lo que necesitaban era que los estudiantes se dedicaran tranquilos a sus estudios, dejando que los hombres de estado resolvieran todas las cosas que tuvieran relación con la política, de lo cual nada sabían los estudiantes. El rector de alguna Facultad, manifestó que no había concurrido a aquella reunión con estudiantes, justamente porque él no creía que los estudiantes debieran intervenir en estos asuntos, y que, con mucho gusto le daba su aprobación a la proposición.

Se concedió entonces la palabra al doctor Luis Felipe Calderón quien con una voz llena de energía y de amplitud, manifestó que sentía no estar de acuerdo con los que le habían precedido en el uso de la palabra, como no estaba de acuerdo con el espíritu de la proposición. Que los estudiantes de la Facultad de Medicina, eran todos, hombres, muchos mayores de edad, y que como hombres, como ciudadanos y como colombianos, tenían no solamente el derecho sino la obligación ineludible de opinar, y de intervenir en todo lo que pudiera tener relación con el futuro de la Patria.

Ante las miradas atónitas del Presidente, de los Ministros y de todos los que junto a ellos se sentaban, una lluvia de aplausos recibió las palabras del profesor Calderón.

Era la expresión del hombre cabalmente honrado, que sacrifica su tranquilidad material, por otra tranquilidad infinitamente más valiosa: la que trae la conciencia del deber cumplido ante la Patria, en un puesto, que como todos los puestos públicos, son creados, antes que todo para servirle a ella. Era el hombre independiente y sin temores, era el espíritu recto e indomable, cuya conciencia pulera, hablaba con la honradez, la claridad y la firmeza, de un criterio independiente y altivo. Era el discípulo de Zenón Solano, cuyas enseñanzas y cuyo ejemplo, unidas en su espíritu, desde los primeros albores de la juventud, habían arraigado en él, como su propia sustancia, como su propia naturaleza y que a pesar del paso de los años, a pesar de la muerte y la distancia, siguen y seguirán siendo, eternamente, un ejemplo para la juventud.

La reunión se disolvió en medio de la mayor confusión y de una casa particular se sacó preso al doctor Martínez Santamaría y fue conducido a pie, camino del destierro en dirección a Quetame. Al doctor Calderón se le destituyó inmediatamente del puesto de Rector de la Facultad de Medicina y se le nombró reemplazo, y en el público había la certeza, de que seguiría la misma suerte de Martínez Santamaría.

Pero los profesores de la Facultad de Medicina, resolvieron va-

lerosamente hacer una manifestación al General Reyes solicitando la permanencia del doctor Calderón al frente del puesto de Rector de la Facultad de Medicina por estar llevando a cabo una organización encomiable y terminaban diciendo: "En caso de no poder ser atendida esta solicitud, sírvase aceptar la presente, como la renuncia irrevocable que hacemos del puesto de profesores de la Facultad, renuncia que hacemos, para poner a salvo la solidaridad del cuerpo médico de Colombia".

Hay que confesar que dentro del profesorado, tenía Calderón amigos y enemigos, como tiene que tenerlos toda voluntad firme, puesta al servicio de un espíritu recto, cuando es encargado de una posición de mando. Pero aquella manifestación fue firmada por José María Lombana Barreneche, Carlos Esguerra, Luis Zea Uribe, Pompilio Martínez, Roberto Franco, Rafael Ucrós, Julio Manrique, Luis María Rivas, José Ignacio Barberi, Guillermo Márquez, Joaquín Lombana, Eliseo Montaña, y casi todos los profesores de la Facultad.

Entre tanto, los estudiantes de las Facultades de Derecho y de Ingeniería, presionaban a sus profesores para que adhirieran a aquella renuncia, si ésta era aceptada y ya se estaban firmando estas adhesiones. El Presidente, que tenía una red de espionaje divinamente organizada tuvo conocimiento de aquellos hechos. Y el doctor Calderón fue restituído al puesto de Rector de la Facultad de Medicina.

Pero, entre tanto, las manifestaciones continuaban por las calles y de todas partes del país empezaban a llegar telegramas al Palacio de la carrera, solicitando la elección de un congreso.

El dictador, comprendió entonces que sus procedimientos para sofocar la opinión pública, con medidas drásticas contra la libertad de palabra, le habían vendado los ojos a él mismo y que al hacerse presente la voluntad nacional, a pesar de aquellas medidas y por la misma fuerza expansiva que producía su contención, comprendió con asombro que la gran mayoría de la opinión pública lo había abandonado y no queriendo dominarla por la fuerza, con un criterio que, hay que confesar, es producto de un espíritu culto resolvió marcharse del país y dejar encargado de la presidencia, al General Jorge Holguín, mientras se volvía al régimen constitucional con la resurrección de las elecciones para presidente de la República y para representantes al congreso. La dictadura había caído, bajo el peso de la opinión pública, impulsada por unos pocos patriotas, sin más armas que su altísima honorabilidad, su valor civil y su entereza de carácter.

* * *

Como hombre de ciencia, Calderón tenía una comprensión

pronta de los procesos orgánicos, comprensión que iba más allá de las particularidades apreciables por el simple examen clínico, único medio de investigación a su alcance. En un trabajo presentado al II Congreso Médico Nacional reunido en Medellín en el año de 1913, hace un estudio tan armónico de lo que son los *Síndromes Piliglandulares en la Altiplanicie de Bogotá*, que no es posible comprender cómo un individuo que tenía un ejercicio profesional tan activo, tenía tiempo para concebir verdades nuevas. Es verdad que andados los años, y a la luz de los conocimientos actuales, se descubren errores en el mencionado trabajo. Pero qué es lo que no es modificable en materia científica? Dentro de las concepciones humanas, sólo las grandes ideas artísticas, perduran inmodificadas al través de los tiempos; pero en ciencia, nada hay que no haya sido rectificado, para su mayor perfección o para su sustancial modificación. Aún las grandes concepciones geniales, han sufrido transformaciones, impulsadas por nuevas ideas o por nuevos resultados experimentales. Son aquellas semillero de nuevas concepciones, pero la absoluta perfección, no ha podido alcanzarse todavía. El arte es eterno, la ciencia es mudable y tiene que ser mudable para que pueda llamarse ciencia. La ciencia será siempre susceptible de perfección y son precisamente las zonas oscuras las que despiertan el interés que va creciendo al principiar a iluminarse pero no dejan de interesar cuando han llegado a la claridad plena, cuando su conocimiento es perfecto. Cuando la ciencia haya llegado a su completa perfección, habrá cesado de existir, habrá dejado de ser ciencia, porque la absoluta perfección es la quietud, y la vida es movimiento. El día en que las alteraciones patológicas sean completamente conocidas y la terapéutica obedezca a reglas exactas y precisas, que estén, por consiguiente al alcance de cualquier intelecto, el viejo arte de Galeno habrá llegado a la cúspide de su desarrollo, pero habrá desaparecido del escalafón de las ciencias.

En cambio el estudio a que hago referencia, trae conceptos como el de la compatibilidad entre la integridad de las funciones hepáticas y la pequeñez del órgano, que hasta entonces no había sido enunciado por nadie y que desde entonces ha sido plenamente demostrado por varios investigadores. Es que el autor tenía esa intuición que se tiene de la verdad antes de descubrirla, y que es cualidad propia de los grandes investigadores; de los grandes descubridores de verdades.

Si a Calderón, como a muchos de nuestros hombres de ciencia, les hubiera tocado vivir en otro medio, posiblemente hubieran alcanzado a escalar las altas eminencias, en la ondulada cadena de montañas científicas.

Se dice que el colombiano carece de facultad creadora y que

carece de esta facultad, entre otras cosas, porque tiene un débil poder de atención. Pero qué atención puede prestarle a un asunto, quien por más espíritu científico que tenga, está obligado a atender, prémiosamente a exigencias vitales inaplazables?

El medio ambiente es el factor más importante, en el desarrollo intelectual del hombre y es al mismo tiempo que un producto de la civilización, elemento importante de progreso. Nuestro país ha producido inteligencias dilatadas en hombres que han sabido estudiar, que han sabido asimilar y que han tenido poder bastante para crear, con la intuición verdades nuevas, que hubieran enriquecido la ciencia, si el medio ambiente los hubiera estimulado, si el Estado los hubiera comprendido y les hubiera facilitado medios para sus investigaciones y despertando el interés de colaboradores entusiastas, hubiera formado un ambiente de resonancia para sus ideas.

Pero los hombres de estudio, los espíritus investigadores, tienen que principiar por vencer una atmósfera pesada, un dique que se interpone a la corriente de fecundidad científica, en cuya tarea, van debilitándose todas las energías creadoras. Ha faltado cierto conglomerado de factores estimulantes que surgen como producto de un excitante que se denomina cultura, y que es el disolvente más eficaz de la desidia intelectual y el impulso más sensible para la actividad mental. Pero el medio ambiente ha carecido de resonancia y los nobles impulsos se han extinguido, como se extinguiría la voz en las profundidades del océano, apagada por la presión sofocante.

* * *

Fue en su vida privada, el amigo incondicional de sus amigos y en su hogar el hombre cuyas actividades todas tenían siempre por mira a la esposa y a los hijos. Como colega, un espíritu pulquérrimo, en las normas de la deontología profesional.

Ocupó el rectorado de la Facultad de Medicina hasta el año de 1910: En 1913, después de contraer matrimonio con Emma Restrepo, bella dama llena de todos los encantos espirituales, marchó para Europa, donde su principal ocupación, fue concurrir a las clínicas y perfeccionar sus conocimientos.

En el año de 1920, en que volvió al país, tornó a hacerse cargo de la rectoría de la Facultad de Medicina, la cual desempeñó hasta 1923 con el mismo cariño, la misma consagración y competencia que había desplegado la primera vez.

* * *

Su hogar era el santuario de la felicidad y el santuario de las

virtudes. Pero en 1926 uno de esos morbos traidores, que se presentan embozados para herir certamente, que no han mostrado sus armas y que han sabido ocultar su origen, atacó a la esposa, truncando para siempre la felicidad de aquel grupo familiar. Calderón, preparó inmediatamente un viaje a Europa, acogiéndose a la esperanza, que nunca abandona completamente a los que ven a la persona que es objeto de sus más caros afectos, presa de un mal irremediable.

Emma era la mujer virtuosa, suave, graciosa, llena de talento y de simpatía y había sido para Calderón, el más firme soporte de su vida. Desde que ocurrió su muerte, no pensó en volver más a la patria donde había pasado con ella tantos días de felicidad.

Se quedó en París, preocupado siempre por las cosas de Colombia y por los asuntos de esta Facultad, dedicándole la mayor parte del tiempo al ejercicio de su profesión, a sus estudios y a la educación de sus hijos, dos muchachos inteligentes, llenos de bondad y de ternura, dentro de la intimidad del pequeño grupo familiar. Pero en 1935, una nueva desgracia hirió aquel hogar ya mutilado y la muerte arrebató a uno de sus hijos, Clímaco, para siempre del lado del padre y del hermano.

Estalló la guerra mundial y en 1940 se trasladó a los Estados Unidos, con su hijo Carlos, único miembro ya de la familia íntima y en Nueva York vivió hasta el 18 de agosto de 1943, cuando una afección cardíaca lo atacó y acabó para siempre con aquella vida llena de actividades y de méritos.

Al sentir que la vida lo dejaba, debió experimentar el dolor inmenso de dejar solo y para siempre a su hijo, que era como el resumen y la razón de ser de su existencia y al extinguirse en su retina el último fulgor de luz, con el último fulgor de la vida en su cerebro, debió pasar también, por su mentalidad omnubilada, la imagen de la patria distante y el alma de esta Facultad, a la que tanto amó y a la que dedicó tantos días de consagración inteligente y activa.

El cuerpo, que animó aquel espíritu selecto, está sufriendo ya las desintegraciones que la vida detiene en la materia orgánica. El cerebro que produjo y que distribuyó corrientes de energía vital, en ideas, que se tradujeron en palabras y en acciones, sigue la misma corriente de desintegración hacia otros cuerpos, que llevarán, sin que nadie pueda saberlo, los átomos que albergaron aquella meritaria vida. Más lo que ella realizó, sigue viviendo con nosotros, y seguirá viviendo aún más en el tiempo que ha de venir. Y cuando alguien, al contemplar este retrato, allá en el futuro remoto, interrogué, quien fue, no ha de faltar quien le conteste, que fue un maestro por su ciencia y por su conducta.

Nadie muere completamente, mientras viva un retazo de su recuerdo, en la memoria de las generaciones: que en la intimidad arcaica de los seres que llegan, vive el espíritu de los que se han ido.

C. Torres Umaña

Bodas de Plata Profesionales. — Alumnos Graduados en el año de 1919.

Transcribimos la lista de los graduados hace 25 años. Nos asalta la natural duda de que algunos han desaparecido, por lo tanto, con el deseo de dar una información fidedigna para los que han llegado a sus Bodas de Plata en la profesión, se ha consultado el Censo General de los médicos colombianos, publicado recientemente por el Anuario Médico 1943-44. Señalaremos los que no aparecen en estos datos, suministrados por la Secretaría de la Federación Médica de Colombia, hasta 1943:

Carlos Alberto Amaya.—Complicaciones Quirúrgicas de la Grippe. (Facatativá, Cundinamarca).

Alfonso Tenorio Nicto.—Contribución al diagnóstico de la Tubercolosis incipiente. (Popayán, Cauca).

Gabriel Olozaga.—Chichismo y Pelagra. (Medellín, Antioquia. Carrera 49, N° 55-41).

J. Rafael Meoz.—La Tifoidina, estudio práctico sobre la investigación en la inmunidad y la predisposición en relación con la Fiebre Tifoidea. (Bogotá, Calle 16, 8-95).

Aristides Rodríguez Acevedo.—Fracturas del Cráneo. (Bogotá, Calle 12, 5-38).

(+) *Juan de J. García.*—Contribución al estudio de la infección puerperal y consideración sobre el respaldo instrumental uterino.

Gustavo Lobo Guerrero.—Complicaciones de las laparotomías. (Bogotá, Calle 59, 8-10).

Pedro A. Villamizar.—Apuntes de criminología. (Toledo, Santander del Norte).

Jorge Uribe Olarte.—La desinfección en Bogotá. (Carrera 10^a, 17-09).

(+) *Humberto D'Achiardi.*—Tratamiento de las infecciones localizadas por el método Carrel-Dakin.

José Tomás Salcedo.—Heridas del abdomen. (Chiquinquirá, Boyacá).

Luis Enrique Moncada.—Septicemia puerperal y su tratamiento. (Cúcuta, Santander del Norte, Ave. 6, 8-39).

Daniel Trujillo O.—Contribución al estudio de la preñez ectópica. (Bogotá, Escuela Militar. En el Anuario dice, Trujillo Daniel, sin el segundo apellido).

Manuel José Luque.—Observaciones médico-sociales sobre la Sífilis y la Prostitución en Bogotá. (Bogotá, calle 13, 4-90).

Carlos M. Pava.—Glaucoma, su tratamiento, Resultados. (Bogotá, Calle 16, 4-76).

Arturo Ponce Rojas.—Contribución al estudio de la Tuberculosis en el litoral Atlántico y su prolaxis. (Barranquilla, Atlántico. La Paz-Las Flores).

(+) *Reynaldo Arango.*—Ensayos de seroterapia en el tratamiento de la Fiebre Tifoidea.

Gregorio Arbeláez R.—Algunas consideraciones sobre la Higiene de la Leche. (Armenia, Caldas).

(+) *Jorge A. Cerón.*—Lucha contra la Anemia Tropical en Colombia.

Emiro Vega.—Apuntaciones sobre las enfermedades reinantes en la región de Icononzo. (Sucre, Bolívar).

(+) *Julio D. Luna C.*—Tumores del riñón.

Paulo E. Perico.—Tratamiento del eczema de la cara y de sus diversas localizaciones por las inyecciones intravenosas de sulfato de cobre. (Paipa, Boyacá).

Enrique Enciso.—Influencia de la Anemia Tropical sobre las glándulas de secreción interna. (Bogotá, Calle 20, 7-30).

Daniel Molano de La Torre.—Mosca doméstica, su peligro, medios más eficaces para destruirla. (Bogotá, calle 17, 10-35).

Gabriel Vergara Rey.—Apuntes sobre la vacunación antitífica en Bogotá. (Bogotá, Carrera 9, 19-63).

Miguel Fernández Rojas.—Síntoma Hematuria. Contribución a su estudio. (Garzón, Huila). No aparece segundo apellido.

La REVISTA DE LA FACULTAD, en este vigésimo quinto aniversario de haber iniciado labores profesionales alumnos de la Facultad, guarda imponente silencio por aquellos caídos en la dura brega del ejercicio profesional, como sentido homenaje a su memoria y para los que han tenido la dicha de cumplir con lujo de merecimientos el primer gran jalón de su carrera, nuestra más sincera felicitación y voz de estímulo para que sus labores cada día sean más eficaces y provechosas para nuestro pueblo y la ciencia colombiana.

DOCTOR ERNESTO DIAZ RUIZ

Para los Estados Unidos de Norteamérica partió en estos días nuestro apreciado colega doctor Ernesto Díaz Ruiz, quien cursará estudios de especialización en cirugía en una prestigiosa universidad. No dudamos que el doctor Díaz Ruiz hará una magnífica labor e incondicionalmente ofrecemos nuestras columnas para sus informaciones científicas.

La REVISTA DE LA FACULTAD le desea una grata estadía y muchos éxitos.

LA UNIVERSIDAD NACIONAL Y EL PRESUPUESTO PARA EL AÑO DE 1945

Universidad Nacional.—Circular número 102.

L. C., 23 de noviembre de 1944

Señor:

Me permito poner en su conocimiento la proposición aprobada en su última sesión por el Consejo Académico de la Universidad:

PROPOSICIÓN:

"El Consejo Académico de la Universidad Nacional manifiesta muy respetuosamente al Excelentísimo señor Presidente de la República y a la H. Cámara de Representantes que el aumento considerable del número de estudiantes de la Universidad durante los últimos años ha sido siempre muy superior al aumento correspondiente de la partida que el Congreso Nacional ha votado para él; esta circunstancia, unida al alza del costo de la vida, hacen que las partidas votadas últimamente hayan tenido que ser invertidas, casi en su totalidad en el pago del personal, con el natural detrimento de la enseñanza. Por lo tanto, el Consejo Académico encarece, muy comedidamente, al Excelentísimo señor Presidente de la República y a la H. Cámara, el estudio a la solución de la grave situación fiscal de la Universidad Nacional".

La Universidad espera que usted se servirá hacer uso de sus influencias con sus amigos de las Cámaras y del Gobierno, a efecto de que en vez de la partida de \$ 1.750.000.00 con que trabajó la Universidad en este año, pueda disponer en el próximo de una no inferior a \$ 2'500.000.00. Los señores Decanos de las diversas facultades han hecho un estudio detenido, en comisión de los respectivos Consejos, del cual se desprende que en conjunto la Universidad no puede funcionar con una partida inferior a la ya apuntada de DOS MILLONES QUINIENTOS MIL PESOS (\$ 2.500.000.00).

La necesidad de mejorar los equipos, de comprar laboratorios y materiales, de poner al día las bibliotecas, de poder enviar al exterior a algunos profesores y alumnos a perfeccionarse, de pasar mejores sueldos al personal de profesores y empleados, en fin, la urgencia de hacer que la Universidad esté dotada en forma que corresponda a su prestigio, cada vez mayor, hace que

sea imperativa una movilización de su personal directivo, de profesores y de estudiantes, sobre los poderes públicos, a efecto de que ella cuente con los ingresos que se consideran necesarios para un instituto de esta índole.

Anticipándole sinceros agradecimientos por la gentil acogida a la presente circular, me suscribo atento y seguro servidor,

OTTO DE GREIFF

Secretario General.